

HOMBRES Y COSAS

Por MIGUEL DE UNAMUNO



(Para LA NACION)
SALAMANCA, julio de 1922.

Es muy conocida aquella fórmula con que en la escuela marxista de lo que se ha llamado la concepción materialista de la historia—o materialismo histórico—se expresa la doctrina del hádo. Dicese que no son los hombres, sino las cosas, las que hacen la historia. Pero ¿qué son las cosas? ¿Qué son los hombres? ¿Es que un hombre no es cosa también, esto es, causa? ¿Y es que una cosa no tiene en la historia algo de humano? Viejo problema que a alguien le parecerá puramente lingüístico y de distinciones verbales—que siempre nos ha preocupado. Cuando he aquí que leyendo la "Historia del Mundo" ("Weltgeschichte") de Leopoldo de Ranke, el gran historiador alemán, nos encontramos con un pasaje en que el viejo maestro—tenía cerca de noventa años cuando la escribió—deja caer, en medio del ancho relato, esta observación: "En situaciones de esta clase las cosas son más poderosas que los hombres; quiero decir: las corrientes generales más poderosas que las intenciones individuales". Al leerlo hirió una luz súbita nuestra visión histórica. Y vimos que el hombre individual, el individuo, la persona, es sólo el hombre; la masa, la muchedumbre, la corporación, el pueblo, es cosa.

¿Pero no se habla de colectividades como de personas jurídicas? ¿Eso es una ficción de legistas! Una comunidad, una muchedumbre, un pueblo, por bien organizado que esté, no tiene, no puede tener personalidad, pues que no tiene conciencia. Una comunidad no adquiere conciencia de sí sino en un individuo. Es más, el pueblo no tiene historia; la tienen los individuos de que se compone.

¿Corrientes generales e intenciones individuales! ¿Y qué es una corriente general? Generalmente es el curso que resulta del encuentro de los que carecen de intencionalidad. En el orden del pensamiento es el sentido común; en el orden político, algo que equivale al sentido común.

Nuestros habituales lectores saben qué tono le damos a eso del sentido común y cuán poco respeto nos merece. El sentido común es la dehesa en que se apacienta el irrevocable vulgo programático, el vulgo que vive de programas y dogmas y símbolos, y liturgias. Y por creerlo y sostenerlo así nos acusan de paradoja los pobres ayunos de sentido propio, que ignoran lo que la paradoja sea.

¿Qué es la paradoja? Otro historiador, éste portugués, el gran Alejandro Herculano, discutiendo sobre la emigración escribía: "Me hallé sin saber cómo, paradójico. No se pasmé usted; no se pasmé. Es que la palabra "paradoja" significa hoy cosa diversa de la que piensa. En nuestro tiempo significaba una proposición verdadera o falsa (de ordinario falsa) contraria al sentir común". Por donde se ve que toda verdad nueva empezó siendo una para-

doja. Y que la paradoja de hoy, la verdad individual, es el lugar común de mañana, la verdad de sentido común.

La masa discurre con el sentido común, con lugares comunes, sin libertad y es cosa; el individuo discurre cuando discurre individualmente—lo que ocurre pocas veces y en muy pocos individuos—con el sentido propio, en paradojas, y es hombre. Y cuando el individuo no logra encarnar las obscuras aspiraciones de una muchedumbre acaba por convertirse en un solitario errante. Errante aunque corporalmente no se mueva, o apenas, de un lugar fijo.

¿Que esto es predicar anarquismo? ¡Oh, no! En ninguna parte hemos encontrado individuos menos individuales, más gregarios, más rebañeros, que entre los que afectan llamarse a sí mismos anarquistas. O ácratas o libertarios. Se parecen los unos a los otros como se parecen entre sí las cabezas de los alfileres. Todos ellos suelen decir las mismas cosas con las mismas palabras; unas cosas simplicísimas, esquemáticas, del más desenfadado sentido común. Y ¡ay del que trate de libertarlos espiritualmente!

Casi siempre aparecen a la cabeza de las revoluciones los que las desahacen, mientras permanecen en la obscuridad los que las provocaron. Porque las revoluciones suelen ser obra de solitarios errantes.

Cuenta M. Maurice Paléologue en el interesantísimo Diario que llevaba en Petrogrado durante la caída de los zares y el comienzo del régimen bolchevista—Diario que se viene publicando en la "Revue des Deux Mondes"—que cuando a Lenin se le oponía alguna objeción sacada de la realidad, respondía con esta frase arrogante: "¡Tanto peor para la realidad!" Lo que no es ciertamente de una gran ortodoxia marxista ni sabe a eso que se llamaba socialismo científico. Recuerda más bien aquella otra frase arrogante del gran apóstol del ultramontanismo, del conde José de Maistre, cuando decía: "¡No tienen más que razón!" (Ils n'ont que raison!)

Y bien, ahora, aquí, donde uno vive y sufre y predica y obra, aquí, ¿hay corrientes generales? No, no hay corriente; la opinión pública no corre; la opinión pública está quieta, estancada, o mejor congelada. Es el hombre-tierra de que hablaba Larra en un artículo famoso. Es el hombre-tierra sin terremotos.

En medio de la masa amorfa, de la irrevocable muchedumbre, se mueven y hablan y gesticulan—gesticulan más que hablan—unos pseudo-individuos que barajan lugares comunes consabidos y creen por eso que tienen ideas. Y se llaman a sí mismos hombres de ideas; de ideas fijas. Ideas fijas como troncos de árboles a que tienen, a modo de hiedra, adherido su pensamiento. Pero si con esos troncos hacéis barcos, si quiera una canoa, y les invitáis a embarcar en ellos, lo rehusarán. En el barco se marean y temen irse al

fondo. Ellos necesitan ideas fijas y enraizadas, como troncos de árboles que vegetan; las ideas flotantes, las que navegan, les producen pavor. Ni observan que el barco no cambia. O que aunque cambie de maderas es siempre el mismo.

Cuando se dice aquí que no hay opinión pública quiere decirse que esa opinión no es corriente, que no corre, que no vive, que es una opinión estática y no dinámica. O en resumen, que esa opinión no tiene historia. Da pena la ordinarietà ordinaria del pensamiento político hoy entre nosotros.

Se oye aquí con frecuencia que hay penuria de hombres—"¡hace falta un hombre!"—y cuando surge alguno y habla como hombre, como individuo, no le entienden, no quieren entenderle. Joaquín Costa se retiró a tiempo; antes de que los que se decían suyos le hubieran retirado. Y es que el apóstol no era, no podía ser, un caudillo. Era fundamentalmente un solitario.

Que no se os ocurra, sobre todo; querer hacer pensar a una muchedumbre—y menos si esta muchedumbre no es entera, es decir, si forma partido—porque las muchedumbres quieren que se les den las cosas pensadas y en fórmulas rígidas y fijas. Si desarrolláis una serie de ecuaciones, como no os pueden seguir en vuestro análisis, os dirán que estáis cambiando de pensamiento. Y es natural que así sea, pues pensar es lo que ellas llaman cambiar de pensamiento. De la consecuencia del fondo no se dan cuenta.

Ese término de "consecuencia" quiero decir en lógica la relación dinámica, corriente, fluida, que une al antecedente con el consiguiente, pero en nuestra triste tradición política ese término significa otra cosa muy distinta.

Y toda esta lamentable psicología pública parece estacionarse, fijarse, cuando la historia universal impone a nuestro pueblo una mayor fluidez, una mayor elasticidad. Nuestro régimen político, nuestra monarquía tradicional, nos viene ya estrecha y está reventando por muchas partes, pero la conciencia nacional, la opinión pública, no se ha hecho aún otra ideación. No ve que debajo de las fórmulas nada viven. La tradición de 1868 es hoy ya un pedrusco, una cosa cristalizada.

¿Adónde vamos? Pero ¿adónde vamos? ¿No! sino ¿adónde se nos lleva? ¿Quién? No las cosas en el sentido de Ranke, de las corrientes generales, pues ya os hemos dicho que aquí no hay corriente sino charca, o aun peor, charca congelada. Nos lleva la historia universal. La sacudida vendrá de fuera.

Entretanto, ¿qué se puede hacer? Inquietar a los espíritus, a los que tengan espíritu; hurgar la sesera de los que viven fuera de los partidos; hacer pensar a los que no han adoptado un pensamiento programático. De ellos saldrá la minoría creadora si es que al fin sale.